



## **Vivir en el Mejor de los mundos posibles**

*José Maria Perceval*

En la primera sesión del Congreso de la Ciudad se planteó una dura crítica, envuelta en amables palabras de consejo aparentemente racionalizador y científico. Esta punta de lanza contenía tres duras aristas o aspectos distintos pero muy claros de ataque. No debe ser olvidada como si fuera irrelevante o fruto de una opinión personal ya que su base teórica pone en cuestión el Congreso en su totalidad, los asistentes, el espíritu que los anima, la acción que se está realizando y el propio destino de la Fundación Sant Cugat.

La crítica expresaba que

- a) La reunión del Congreso adoptaba aires mitineros “propios de los años sesenta o setenta”.
- b) Consecuencia de ello, su tono navegaba entre el catastrofismo y la utopía lo que resultaba nada constructivo desprendiendo una sensación negativista.
- c) Resultado de todo ello, y siguiendo con este hilo asambleísta infantil adoptado (algo así como de rabieta o pataleta de niños pijos malcriados), se hablaba de temas sin cifras ni base científica.

La interesante reflexión fue un duro toque de atención sobre una posibilidad peligrosa pero, además, tenía la ventaja de que –al haber sido realizada sin la menor base sobre lo que se estaba tratando y parecer planificada de antemano como instrumento de ataque– nos prevenía a los participantes del Congreso no sólo de la posibilidad de que fuera verdad en algún momento este aserto tan demoledor sino de que lo pareciera o, a alguien, le interesara transmitir esta imagen.

### **¿Mitineros?**

Es la parte menos razonable del ataque pero corresponde a una buena estrategia que coloca el sentimiento, el olfato, la sensación, por delante del análisis. El buen cazador ha avistado cinegéticamente “un grupo de progres” en el peor sentido de este estereotipo descalificador.

Es natural que los que viven en el mejor de los mundos posibles, en un mundo que no necesita cambios ni reformas porque es un auténtico paraíso (un poco como las agencias inmobiliarias anuncian Sant Cugat a los desesperados urbanistas barceloneses) no necesiten criticar ni protestar de nada.

De Sant Cugat, de esa hermosa villa donde todos los habitantes son tan felices como en un cuento, no se puede hablar mal e, incluso, puede ser una falta de patriotismo mostrar ciertas vergüenzas.

Es una postura muy razonable y que indica una cosa clara: no hay necesidad de Congreso, ni de Fundación e incluso rizando el rizo de actividad política (en el sentido de reformar la polis) porque todo es maravilloso en este pequeño mundo de Sant Cugat donde las constructivas asociaciones locales deberían dedicarse a organizar coros y danzas u otros juegos florales varios donde expresar la sana alegría que debe manifestar un pueblo tan privilegiado.

### **¿Catastrofismo?**

Bertold Brecht pensó un día realizar una obra sobre el mito de Prometeo en que, sin desvalorizar la magnífica acción de este héroe al aportar el fuego de los dioses a la humanidad, criticaba la forma poco lúdica y ciertamente ceniza en que lo había planteado. Es cierto, no se puede hacer pretender cambiar la realidad para mejorarla con cara de vinagre o



de ataque de hígado. Pero, ciertamente, no veo ni en el Congreso ni en la Fundación tan dada a las extensas discusiones como a los buenos ágapes, esta actitud.

Si yo deseo cambiar la pintura de mi casa, si protesto de que me han arreglado mal un grifo o me encabrito contra una pared que se resiste al ataque del taladrador en mi bricolaje de fin de semana, no por ello dejo de estar felicísimo en mi vivienda y contento de poseerla junto con el resto de mi familia. Yo no deseo cambiar de vivienda, quiero su mejora para encontrarme cada vez mejor.

Ahora, si estuviera convencido de que vivo en el mejor de los mundos posibles donde cualquier crítica podría ser una ofensa hereje a la divinidad que me ha concedido estos dones, mi casa se degradaría de forma peligrosa y las personas que conviven conmigo harían bien en señalármelo aunque fuera de la forma más mitinera e infantil.

Es evidente que el peligro del derrotismo existe. Los cenizos y los bienaventurados se ayudan mutuamente para no realizar nada constructivo. Es lo mismo decir "no se puede hacer nada porque todo esta mal y no hay manera de solucionarlo" que decir "no se puede hacer nada porque todo es perfecto y es mejor conservarlo tal como está".

Pero, no creo que ese sea el espíritu del Congreso y parece malintencionado el lanzar esa imagen. Por el contrario, las personas que adoptan una perspectiva crítica, divertida e irónica sobre la realidad que les rodea, la ciudad en que viven tan contentos pero no tan ingenuamente acríticos, incluyendo naturalmente sus propias acciones, aparte de pasárselo bien, contribuyen a cambiar una realidad de la que podrán felicitarse a posteriori.

### **¿Ignorancia?**

"Quien se pregunta, algo sabe", decía Confucio.

Sólo los tecnócratas y los gestores de empresas que hacen aguas, tienen montones de cifras que intentar imponer sobre la realidad. Primero son las preguntas, luego vienen las cifras existan o no.

El argumento de "usted no sabe de qué está hablando" es muy parecido y se compenetra perfectamente con el de "usted no sabe con quién está hablando". Es la pretensión, razonable y científica pero antidemocrática, de que ciertos temas no sean del dominio del pueblo soberano sino de la clerecía, los especialistas, los que saben latín y hablan en latín para que nadie los entienda, los tecnócratas en definitiva.

La ciudadanía se expresa en preguntas e inquietudes que razona en las asambleas sean del tipo que sea, el pueblo humilde asiente a los que le hablan en un lenguaje incomprensible desde el púlpito o la tribuna. Esas sociedades del asentimiento, donde la única crítica posible era la rebelión, han pasado a la historia pero los tecnócratas o déspotas ilustrados las añoran con un claro desprecio de lo que titulan como "opiniones populares". Desgraciadamente, en democracia, todas las opiniones son iguales y gana la que obtiene el mayor consenso.

Cómo decía Paul Ricoeur, bienvenidas sean las estadísticas pero con una cabeza que las haya pensado previamente para que se concreten en una acción positiva. Es decir, determinando qué preguntas hacerse en razón de las inquietudes manifestadas democráticamente, cómo se puede responder a estas preguntas (y muchas veces no es la matemática la ciencia a elegir), quién puede recolectar los datos pertinentes, en qué forma se ordenan estos datos y cómo se pueden extraer conclusiones clarificadoras que sitúen las preguntas iniciales en un escalón superior o cambien el paradigma. Esto es muy antiguo, muy científico, y se articula en la dialéctica de la construcción mental o epistemología.

El hacer cuadros y vomitar cifras hasta el absurdo (la venta del rodaballo en los mercados de Sant Cugat comparado con el descenso del consumo de Salmón en forma preocupante) es fácil



y los programas informáticos permiten a cualquier aspirante a clérigo llenar de cuadros inmensos informes donde se gasta el papel de forma desesperante (para la inteligencia y para la ecología por la destrucción de bosques que supone tanto impreso inútil –o con una intención descaradamente avasalladora: ocupar el espacio para que no haya discusión donde han hablado los “expertos”).

### **¿Conclusión?**

Ninguna ya que comienza la discusión en un largo y esperemos que productivo congreso de la ciudad. Pero, esta crítica inicial es alentadora –por lo que revela–, constructiva –por que anima a incidir precisamente en lo que critica– y aviso de caminantes –hay que protegerse de la falsa imagen que puede transmitirse si no se establece una buena comunicación entre el Congreso y el resto de la ciudadanía.

¿Mitineros? ¿progres de moda retro? ¿Críticos incorregibles? ¿contrarios a cualquier dogma? ¿alérgicos a la autosatisfacción?

¿discutidores natos? ¿buscadores de excusas para salir de noche, como decía Ignasi Riera? ¿batiburrillo de demócratas convencidos cada uno de su propia verdad pero dispuestos a morir por defender el derecho del contrario a expresar la suya?

Pues un poco de todo como en las buenas familias que aúnan las más diversas sensibilidades con el objetivo de salir adelante cada día. Convencidos evidentemente de no vivir en el mejor de los mundos posibles y dispuestos a intentar cambiar alegremente el que nos ha tocado vivir. Pero ni pijos con rabieta infantil ni ilusos.

A este triple ataque, una triple respuesta:

- a) Frente al estereotipo mitinero, resaltar el aspecto crítico y constructivo del Congreso.
- b) Frente al estereotipo de catastrofista, destacar el lado lúdico y optimista que manifiestan sus participantes.
- c) Frente al estereotipo del ignorante protestón, afirmar el carácter científico de ponencias y participantes –sin aburrir las piedras para que el punto segundo no quede afectado– pero destacando que lo importante no son los expertos sino las inquietudes que provocan su presencia.

Luego vienen las consecuencias, las peticiones de estadísticas y, posiblemente, de otras cifras –y otra manera de ordenarlas– que las ofrecidas tan generosamente por la administración.

A lo mejor los ciudadanos muestran que estaba desnudo el emperador que se creía envuelto en tantas cifras.